Vicente F. Costa, “Una entrevista con Mussolini”

El Diario, 26 de enero de 1935, p. 3.

ROMA, Diciembre 26 de 1934.

Una misión oficial de nuestro gobierno nos abre las puertas del Palacio Venecia, residencia del Jefe del Gobierno italiano. En otra forma, no es cosa fácil obtener una audiencia de Benito Mussolini, la figura mundial de mayor relieve en la época presente.

No tenemos por qué disimular nuestro vivo deseo de hallarnos frente al hombre que para Italia es el "Duce", indiscutido e idolatrado, como no se recuerda otro ejemplo en su pródiga historia y, para el mundo entero, es el político de recia envergadura, fraguado en moldes nuevos, sobre el que convergen las miradas, ora interrogantes, ya asombradas, de los pueblos grandes y pequeños de la tierra que atraviesan todos, en estos instantes, horas de incertidumbre y de desconcierto.

Acompañados del Ministro uruguayo en Roma, nuestro viejo amigo Ubaldo Ramón Guerra, de quien puede decirse que es diplomático "par droit de conquête et par droit de naissance", acudimos a la audiencia que Mussolini nos señala para las 6 p. m.

El "Packard" de la legación se interna en el "cortille" del palacio "Venecia" y se detiene ante una pequeña puerta lateral que da al ascensor. Un ujier examina detenidamente la carta de la Secretaría que nos señala la audiencia y el ascensor es despachado directamente al piso superior.

Otro ujier nos recibe y otro nos acompaña, a través de históricos salones desiertos, hasta una antesala. No vemos a un solo funcionario ni a ningún otro visitante que aguarde. Solo ujieres, en librea de gran gala.

Pocos minutos esperamos y un nuevo ujier nos invita a pasar. Atravesamos un salón más, se nos abre una puerta y entramos en el gran salón del "Mapanmondi" donde trabaja y recibe Benito Mussolini.

De inmediato nos impresiona lo vasto del ambiente, sin muebles, sin objetos. Solo allá, hacia el fondo del imponente salón, una gran mesa colocada en un ángulo, con un sillón en el que se sienta el Duce y tres sillones, destinados a los visitantes.

Apenas pasamos el umbral, Mussolini se pone de pie y viene a nuestro encuentro; saluda muy cordialmente a Ramón Guerra, éste nos presenta y somos invitados a sentarnos.

Sus primeras palabras son para decirnos: —"El Ministro del Uruguay sabe muy bien la gran simpatía que tengo para su país".

Contestamos que su obra de reorganización social, política y económica, comenzaba a ser apreciada en el Uruguay, en todo su enorme valor.

Esto da tema al Duce para hablarnos del Corporativismo y nos dice:

— *"Nos hallamos recién en los comienzos de esta organización nueva y complejísima. Nada nos apremia; tenemos muchos años por delante y queremos realizarla lentamente, pero con la seguridad de saber el terreno en que nos internamos."*

Y enseguida se anima, frunce el entrecejo, nos mira fijamente y agrega con voz vibrante, como si se hallara en una tribuna:

— *"¡Porque nosotros jamás en nuestros avances, podemos, ni debemos, dar un paso hacia atrás!"*

Tomando base en sus manifestaciones de que para realizar la obra programada, tenía muchos años por delante, le recordamos que a raíz de la marcha sobre Roma, cierto político de gran fuste había pronosticado, al gobierno fascista, tres meses de vida.

— *"Es cierto* —nos replica—, *y hubo también un renombrado profesor de historia, que nos pronosticó solo tres semanas de existencia y cuando lo supe pensé que de semejante profesor, que tan mal sabía juzgar la historia presente, muy pobres discípulos habían de salir"*.

Hablamos de la misión que nos había traído a Italia y si no es el caso el entrar en particularidades que no corresponden a una crónica, no debemos dejar de mencionar que, en todo momento, el Duce demostró su ardiente deseo de facilitar el éxito de nuestras gestiones ante los respectivos ministerios.

Ya al despedirnos, Ramón Guerra recordó una pregunta que deseábamos hacer y que habíamos olvidado. A boca de jarro le dice:

—*Duce: el señor Costa tiene la curiosidad periodística de saber por cual motivo fué Vd. bautizado con el nombre español de Benito en lugar de Benedetto, que es el correspondiente en idioma italiano*. Ante la pregunta, sonríe y dice:

—*"En realidad yo mismo no lo sé bien seguro. Pero creo que debe haber sido porque mi padre recordaba y tenía simpatía por uno de los héroes de la revolución mexicana que impulsaron el movimiento nacional contra el emperador Maximiliano y que se llamaba Benito, no recuerdo qué*."

—*Benito Juárez,* observamos.

He aquí como Mussolini debe su nombre de pila a la admiración de su padre por el célebre libertador de Oaxaca!"

Por último pedimos al Duce autorización para fijar en una breve nota nuestras impresiones sobre la entrevista y nos contestó sonriendo:

— *"Faccio pure"* (Haga nomás).

Así lo hacemos, destacando una particularidad que no alcanzamos a explicarnos a nosotros mismos. Cuando nos hallamos en la calle nos pareció que acabamos de realizar una visita a un viejo amigo a quien hacía muchos años que no veíamos.

Será tal vez por la llana afabilidad de este super-hombre, que habiendo alcanzado las más altas cumbres, no olvida nunca que es un hijo del pueblo, de ese pueblo italiano por el que se desvive en incansable labor y firme energía, a fin que, dentro de su bienestar presente, alcance los más brillantes destinos futuros.

Y es así como hoy Italia, gracias a su gran animador, nada tiene que envidiar a ningún pueblo de la tierra y como sus hijos, sea cualquiera sea la parte del mundo en que se hallen, sienten que pueden recordar con orgullo su origen nativo.